

LA CIUDAD DE TOLEDO COMO ESPACIO VITAL DE GALDÓS

THE CITY OF TOLEDO AS A LIFE SPACE FOR GALDÓS

Juan Carlos Pantoja Rivero

Universidad de Castilla-La Mancha.

IES Alfonso X el Sabio, Toledo

RESUMEN

Este breve artículo pretende un acercamiento a la relación de Benito Pérez Galdós con la ciudad de Toledo, cuyo descubrimiento en fechas muy tempranas de su vida llevó al escritor a mantener con ella una relación creciente que la convertirá en un espacio imprescindible de su vida y de su obra. Planteamos un recorrido de aproximación por algunos de los lugares en los que se movió Galdós y que fueron parte importante de sus andanzas toledanas: los restaurantes, las fondas, las casas de sus amigos, las largas caminatas por el laberinto urbano, las visitas asiduas a los conventos de monjas y el reflejo tranquilo de algunos espacios ya desaparecidos, en una ciudad que, aunque se ha transformado bastante, aún mantiene una parte importante de aquella esencia decimonónica. En definitiva, una invitación a recuperar la imagen de Galdós en uno de los espacios vitales más queridos por él.

PALABRAS CLAVE: Galdós, Toledo, paseos, vida y literatura.

ABSTRACT

The purpose of this brief article is to approach the relationship between Benito Pérez Galdós and the city of Toledo, which was discovered by the writer very early in his life and which became an essential part of his life and work. This is a journey through some of the places where Galdós moved and which were an important part of his wanderings in Toledo: the restaurants, the inns, the houses of his friends, the long walks through the urban labyrinth, the assiduous visits to the nuns' convents and the quiet reflection of some spaces that have already disappeared. All this in a city that, despite its transformation, still maintains an important part of that nineteenth-century essence. In short, an invitation to recapture the image of Galdós in one of his most beloved life spaces.

KEYWORDS: Galdós, Toledo, walks, life and literature.

Nos planteamos un acercamiento a la presencia de Galdós en Toledo, en este caso especialmente como viajero y como apasionado de la ciudad, dejando de lado la presencia de esta en su obra narrativa. No obstante, debido a las limitaciones de esta comunicación, no podremos abarcar tampoco todo lo que dan de sí las intensas vivencias toledanas de nuestro autor, por lo que nos centraremos tan solo en un par de aspectos: por un lado, el del ciudadano tranquilo, que habita Toledo por temporadas y disfruta de los placeres del sosiego de la urbe antigua, y por otro lado, el del paseante curioso e incansable que explora las calles, las plazas y los edificios con el espíritu lleno de sueños y de expectativas. Pretendemos incitar a quienes lean estas palabras a perseguir al escritor, a rastrear su huella en la vieja

ciudad castellana, para encontrar, de este modo, una parte de la esencia de ambos: Toledo y Galdós¹.

Toledo es una de las primeras ciudades que conoció Benito Pérez Galdós cuando salió de Las Palmas para instalarse en Madrid y comenzar sus estudios de Derecho. A poca distancia de la capital, la ciudad del Tajo ejercería, sin duda, un gran atractivo en el inquieto joven que había llegado al centro de la península lleno de curiosidad y con el deseo de disfrutar de cada momento de su existencia. Galdós llegó a Madrid en 1862, sin tener aún los veinte años, y es muy probable que no tardara en hacer su primer viaje a Toledo, en torno a 1866, tal vez en compañía del crítico de arte y poeta Federico Balart, según confiesa el propio escritor: «Otra pasión artística de Balart era Toledo, pasión que me comunicó también y por aquellos días hice mi primera visita a la ciudad imperial, y pude apreciar la poesía y el arte supremo que encierra» (Pérez Galdós: 1894).

No pretendemos fijar la fecha exacta del primer viaje de nuestro autor a Toledo, pero sí nos interesa destacar el hecho evidente de que este encuentro tuvo lugar en el entorno de los años 1866-1868, ya que de esta forma se constatan su conocimiento temprano de la ciudad y el inicio de una relación que durará toda la vida y que se va a manifestar también muy pronto, en algunas de las obras primerizas de Galdós: las “Generaciones artísticas en la ciudad de Toledo” (extensa crónica con la que inicia sus colaboraciones en la *Revista de España*, en 1870) y la novela *El audaz* (1871), cuyo desenlace transcurre en Toledo y desarrolla algunas de las referencias que estaban presentes en la crónica anterior.

La fascinación por Toledo aparece vinculada a su esencia de ciudad muerta, que tanto atrajo a los artistas e intelectuales de finales del XIX y que la insertaba en una categoría a mitad de camino entre la realidad ruinoso y decadente de su presencia urbana y la idealización de su pasado glorioso y esplendoroso: ese contraste vital hacía de Toledo (como también lo hacía de las otras grandes ciudades muertas europeas, Venecia y Brujas) un destino inevitable, fatal casi, para quienes sentían el latir de los tiempos pasados como una forma de entender el presente. Por eso, cuando Galdós se enfrenta por vez primera a Toledo como objeto de la observación minuciosa, percibe en ella la ruina y el abandono, la imposibilidad del progreso: «De aquellos ilustres escombros, destinados a ser vivienda de lagartos y arqueólogos, no puede salir una ciudad moderna», dice en las “Generaciones artísticas” (Pérez Galdós: 2000, 24). Y sin embargo, en esta percepción negativa se alberga

¹ Una visión más detenida de la presencia de Galdós en Toledo y de Toledo en la obra de Galdós puede encontrarse en Juan Carlos Pantoja Rivero, *Galdós y Toledo. Vida y literatura*, Toledo, Ediciones Covarrubias, 2020.

también el respeto por lo antiguo; son «escombros», pero «ilustres», y, además de servir de vivienda a los lagartos, también les sirven a los arqueólogos, con lo que queda plasmada la importancia de indagar en esas ruinas para buscar en ellas la esencialidad de la historia y de esas generaciones artísticas que dan título a la primera obra toledana de don Benito. Así se define la ciudad muerta, en la oposición entre un ayer «ilustre» y un hoy de «escombros».

El Toledo que se encuentra Galdós es una ciudad venida a menos, provinciana e inmersa en las tradiciones, con una fuerte presencia de la religión y de la Iglesia que, por medio de la catedral y de los innumerables templos, conventos y parroquias, condiciona la vida de sus gentes y opone un obstáculo contundente al progreso. Y es también una ciudad de aspecto desolado, cuya vida parece concentrarse en los alrededores de la plaza de Zocodover, centro neurálgico de Toledo desde tiempos inmemoriales: fuera de ese entorno, las calles se tornan solitarias y vacías, sobre todo hacia el sur, en una inacabable pendiente que conduce al río y que concentra la mayor parte de los barrios humildes y depauperados, en medio de los cuales se alza de pronto una torre mudéjar, un convento gótico o un antiguo palacio convertido en patio de vecinos. Todos estos lugares los recorrió Galdós, desde la elegancia decadente de las tiendas, confiterías y restaurantes del centro, hasta las callejas y las casas de las clases más bajas de aquella sociedad finisecular.

Como espacio vital galdosiano, la ciudad de Toledo se nos muestra al menos desde dos perspectivas que podríamos llamar, respectivamente, la ciudad vivida y la ciudad paseada: en esencia se podría utilizar solo la primera de las etiquetas, pero me interesa distinguir entre la vida sosegada, casi de ciudadano asentado en Toledo, y la vida ajetreada (aunque también reposada y lenta) de quien se adentra en los entresijos urbanos para recrearse en la contemplación y detenerse en el más mínimo detalle.

La ciudad vivida nos presenta a un Galdós que habita por temporadas en Toledo y que se siente un ciudadano más, saliendo de su alojamiento para encontrarse con los amigos y para detenerse en tertulias de taberna o de café, para dar un paseo sosegado y comprar dulces o para comer en su restaurante favorito. Pensiones y fondas como la del Lino, la Imperial y la del Norte, en pleno centro de la ciudad, fueron a menudo sus alojamientos, y de ellos habla en sus novelas a veces de manera poco favorable; pero también, en estancias más largas, se hospedó en lugares más cómodos, como la casa de las hermanas Figueroa, donde pasó largas temporadas y donde escribió una parte importante de *Ángel Guerra*, o en la finca de la Alberquilla, extramuros, al otro lado del Tajo, propiedad de Sergio Novales, amigo del escritor y de su sobrino José Hurtado de Mendoza, donde siempre tenía una habitación reservada para cuando quisiera instalarse en ella.

La vida toledana de Galdós (aparte de los paseos de exploración; de algunos de ellos hablaremos después) nos lleva a encontrarnos con él en lugares vinculados al ocio y a los placeres culinarios, de los que fue un gran amante. Nos centramos en algunos de ellos.

Para comer, nuestro autor se encontraba muy a gusto en el restaurante de Granullaque, adonde acudía a menudo en compañía de su sobrino y de alguno de sus amigos toledanos, como es el caso del pintor Ricardo Arredondo, asentado en la ciudad desde edad temprana, que en más de una ocasión sirvió de guía al gran escritor. En el restaurante, según nos informa Gregorio Marañón, comían «perdiz escabechada, cabrito asado y mazapán, que ellos mismos habían comprado en la tienda de Labrador, de fama casi tan universal como la de la iglesia Primada» (Marañón: 1983, 191). El propio Galdós, en sus *Memorias de un desmemoriado*, hablando con su ninfa acompañante (que no es otra que su memoria maltrecha) elogia el restaurante de Granullaque, cuya antigüedad él estima «desde el tiempo de Cervantes»:

La casa, las mesas y sillas y los manjares que allí se sirven no han sufrido alteración en tres siglos. Tendremos que escoger entre muy reducidos condimentos, a saber: empanadas de carne o pescado y bartolillos. La concurrencia de parroquianos es inmensa. Allí van todos los extranjeros que visitan Toledo, entre ellos personajes de viso, pues la fama de Granullaque se ha extendido por todo el mundo. Un día que yo estuve comiendo aquí con Arredondo, tuve a mi lado a don Pedro de Braganza, emperador del Brasil. (Pérez Galdós: 1975, 237-238)

La enjundia de tan ilustre visitante refuerza la admiración de Galdós por este restaurante y acredita su fama entre esos extranjeros que visitan la ciudad del Tajo. Esta asiduidad del autor en este establecimiento y el disfrute de sus comidas se convertirán en una referencia imprescindible en algunas de sus novelas. Por supuesto, en *Ángel Guerra*, donde vemos al protagonista y al cura Casado comiendo tranquilamente en una de sus mesas, pero también en *Lo prohibido*, donde se nos dice que en la casa de María Juana Bueno de Guzmán, la prima del protagonista José María, se servía «de cuando en cuando el cabrito asado a la Granullaque de Toledo...» (Pérez Galdós: 1971, 328). Las vivencias personales del autor, gran observador de todo lo que le rodea, pasan a las páginas de sus novelas y en el caso concreto de Toledo recrean con un gran realismo y una gran viveza la ciudad y sus espacios vitales.

También gustó Galdós de la buena mesa del hotel Castilla, que fue uno de los más lujosos de España en la encrucijada de los siglos XIX y XX, como manifiesta en otra de las invitaciones a comer que le hace a su ninfa en sus *Memorias*. Según le dice a esta, en el

restaurante del Castilla «hallaremos excelente trato y una sociedad escogidísima de franceses, ingleses y yanquis» (Pérez Galdós: 1975, 241).

Lugares refinados estos restaurantes galdosianos de clientela selecta, vecinos ambos de la plaza de Zocodover, en pleno centro de la ciudad. La presencia en ellos del novelista contribuye al retrato del personaje, de ese escritor canario trasplantado en la meseta, amante de los placeres sencillos y del disfrute de la vida. De ahí su pasión por el mazapán que, como acabamos de ver, compraba «en la tienda de Labrador, de fama casi tan universal como la de la iglesia Primada», en palabras de Marañón. Esta tienda se encontraba a muy pocos pasos del restaurante de Granullaque, en la plaza de la Magdalena, y se anunciaba en las guías turísticas de la época como proveedora de la Casa Real y «de los seminarios y conventos de esta ciudad». Un establecimiento de postín como todos los que vamos transitando en compañía de don Benito, quien amaba también la repostería conventual, tal y como él mismo nos lo confirma cuando dice que las monjas Comendadoras de Santiago «hacen unos dulces secos y unos almíbares que son la gloria divina» (Pérez Galdós: 1975, 237), y que constata Gregorio Marañón cuando afirma que «nunca volvía a Madrid sin un acopio de los tarros y potes de Santa Fe» (Marañón: 1983, 190). El convento de Santa Fe, igualmente a un paso de Zocodover, fue ocupado hasta 1935 por las Comendadoras de Santiago, aunque hoy no tiene uso religioso, sino funciones museísticas.

Los cafés y las tabernas eran otros lugares frecuentados por el escritor, ya fuera en compañía del pintor Arredondo, con quien, según Marañón solía ir a un café de la calle Hombre de Palo al que acudía «mucha gente de sotana» (Marañón: 1983, 184), sin duda por la cercanía de esta calle con la catedral, o con algún otro de sus amigos toledanos y, casi siempre, con su inseparable sobrino José Hurtado de Mendoza, a quien, como es sabido, solía llamar don Pepino. Este o cualquier otro café, o alguna taberna popular, pudieron ser escenario de las apuestas que Galdós hacía con sus amigos para adivinar los nombres de las calles de Toledo, como nos dice, una vez más, Marañón:

Don Benito presumía, y con razón, de que nadie le aventajaba en el conocimiento toledano, y en estas ocasiones lucía su ciencia recitando con los ojos cerrados, ante el tribunal de sus amigos, con el plano delante, los nombres de las calles, para ir por el sitio más corto de un lugar a otro de la ciudad. (Marañón: 1983, 187)

Este deambular ocioso y placentero de finales del XIX y principios del XX no sería posible hoy, ya que ninguno de los lugares que hemos citado existe en el Toledo actual, si exceptuamos el convento de Santa Fe, aunque como dijimos, no están ya en él las monjas

reposteras a las que visitaba el novelista. Ya no se puede comer en Granullaque ni comprar mazapán en Labrador; no podemos hospedarnos en el hotel Castilla ni en el del Lino: todo ello ha desaparecido. Por eso, este recorrido que hacemos de la mano de Galdós nos sirve para recordar una ciudad que era y ya no es, pero que fue retratada y descrita magistralmente por él: los personajes de *Ángel Guerra* y de otras novelas contemporáneas o episodios nacionales se mueven también por estos sitios, haciendo posible la resurrección de esos espacios hoy inexistentes. Galdós conocía Toledo mejor que muchos toledanos, y no solo lo recorrió innumerables veces incansablemente, sino que, además, lo inmortalizó con una gran fidelidad en su obra.

De entre los paseos de ese Toledo paseado, nos vamos a centrar aquí solamente en una de las rutas que podríamos establecer, dejando para otra ocasión el resto de los recorridos posibles. Iniciamos un itinerario por los conventos de monjas, que, según el propio autor «antao alcanzaban una cifra fabulosa y hoy no pasan de catorce o quince», y que para él «tuvieron y tienen en Toledo encantadora poesía» (Pérez Galdós: 1975, 236). La contemplación conventual de Galdós se encuentra ligada a los elementos menos religiosos: destaca la belleza de los edificios, la de las mujeres que los habitan (a veces tocadas de una cierta sensualidad idealizada), la de las ceremonias que en ellos se llevan a cabo y la del ambiente de recogimiento y de poesía mística que puebla sus estancias, pero rara vez muestra el más mínimo fervor religioso; son conventos vistos con los ojos de la sensibilidad artística. Nuestro autor tiene una fórmula única para adentrarse en ellos y gozar de sus misterios:

Para poder conocerlos en su interior, querida ninfa, has de madrugar mucho acechando el momento en que abren sus puertas para la diaria misa conventual. Entrás y solo ves en la iglesia tres o cuatro vejestorios, única feligresía de las monjitas en aquella ocasión matutina. Oyes tu misa, que comúnmente es breve, porque el capellán tiene prisa por largarse a la calle. Concluida la misa, pasas un ratito mirando a la iglesia y oyes el suave murmullo dentro del coro, donde están las monjitas descabezando un sueño místico... El sacristán agita el manajo de llaves y tienes que *ahuecar* con los vejestorios, que se van a pedir limosna en las calles. (Pérez Galdós: 1975, 236)

Con esta estrategia, y pagando el peaje de oír la breve misa y de rodearse de «vejestorios», podía en aquellos tiempos disfrutar el viajero de la tranquilidad conventual.

Son varios los conventos que atrajeron a don Benito, desde el de Santa Fe, donde compraba sus dulces favoritos, hasta el de San Juan de la Penitencia, al sur de la ciudad, muy cerca ya del río e inexistente hoy en día tras su destrucción durante la guerra civil, pasando por los de las Gaitanas, Santo Domingo el Real, las Capuchinas, Santo Domingo el Antiguo, Santa Isabel y San Pablo, entre otros. En ellos se recreaba con las bellezas artísticas y disfrutaba a menudo del trato con las monjas (gracias a la influencia de algunos de sus

amigos, como el ya citado pintor Ricardo Arredondo). Tres detalles curiosos nos van a servir aquí para detenernos un momento en estos recintos de fe, apartamiento y espiritualidad, pero también de contrastes mundanos. De este modo, en el convento de Santa Isabel se funden lo sacro y lo profano en la interpretación musical de una monja, tal y como nos recuerda Gregorio Marañón:

...le encantaban las salmodias de los conventos solitarios y amados, en los que sorprendía a veces inesperados sucesos, como el vals de *La Traviata* que de modo insuperable tocó en los oficios del Jueves Santo una de las religiosas de Santa Isabel. Se lo contaba después a las monjas de otros conventos, entre el examen de reliquias o la elección de computas, y siempre le sorprendía la tranquilidad con que unánimemente le contestaban que aquello no tenía nada de particular. (Marañón: 1983, 189-190).

Cuesta imaginar la escena: una monja toca al órgano una pieza de una ópera que trata sobre una mujer de dudosa reputación (*descarriada*, como indica el título) en un Jueves Santo de finales del XIX y en una ciudad apegada a la más estricta moral religiosa. El contraste entre la solemne tristeza litúrgica de tan señalado día y la alegría del vals de *La traviata* nos lleva a figurarnos un episodio a mitad de camino entre lo real y lo irreal, propiciado, sin duda, por el ambiente de misterio y recogimiento del convento.

Una segunda anécdota galdosiana aparece vinculada al convento de San Pablo, en el que las monjas jerónimas custodian, según la tradición, el cuchillo con el que degollaron al santo titular del cenobio. En sus *Memorias*, Galdós nos ofrece el recuerdo de un hecho transgresor e irreverente:

Más por Arredondo que por mí, las monjitas nos acogieron con franca gentileza y nos entregaron el cuchillo para que lo examináramos a nuestro gusto. El arma era una brillante hoja damasquinada con vaina de terciopelo rojo. Aproveché el instante que Arredondo y yo estuvimos solos para afilar con el cuchillo de San Pablo el lápiz que usaba yo para mis apuntes. (Pérez Galdós: 1975, 237).

Una clara burla de las reliquias como representación de una fe popular y milagrosa que al autor no le parece que sea la esencia de la religión, pero a la vez un divertido e inocente juego en el que se pueden ver algunos rasgos curiosos de la personalidad de nuestro autor.

Un tercer momento del deambular conventual que venimos llevando a cabo nos instala en la idealización casi sensual de la figura de las monjas, a partir de la imaginación de Galdós, que tendrá luego un reflejo contundente y un desarrollo más detenido en *Ángel Guerra*, cuando el protagonista disfruta de una ceremonia conventual como si estuviera realmente en una fiesta profana de la belleza y de la sensualidad. En la vida real, Marañón nos dice: «muchas veces le oí encomiar [a Galdós] la voz dulcísima de una de las [monjas] que vivían

en la Penitencia, a la que se figuraba, sin haberla visto nunca, tan pura y tan bella como su voz» (Marañón: 1983, 188). Ya lo vemos: para el escritor no es el fervor religioso lo que le resulta atractivo, sino imaginar la posible belleza de las monjas enclaustradas de San Juan de la Penitencia. En *Ángel Guerra*, el protagonista asiste a una ceremonia religiosa en el convento de San Clemente, en la que su contemplación es totalmente profana y se centra, principalmente, en la belleza y apostura de la abadesa:

Ángel se acercó a la reja del coro, y vio en la sillería lateral de la izquierda una figura gallardísima, descollando entre el grupo de monjas. Era la abadesa, que empuñaba báculo como el de un obispo (...). Imposible pintar lo guapa que estaba aquella señora con su hábito blanco y negro de pliegues amplísimos, y lo bien que le caía la toca con el pico en la frente. Era dama hermosa; ya algo madura, de airoso continente, sin que su hermosura y gracia quitaran nada al tono episcopal que le daban su colocación en la silla mayor, el báculo y el aspecto de subordinación de sus compañeras. (Pérez Galdós: 1986, 231-232).

La misma observación extática y el mismo goce de los sentidos experimentan el personaje y su autor, distrayéndose de lo espiritual para adentrarse en lo sensual, en el deleite que traen aparejadas las cosas mundanas y, sobre todo, la belleza femenina.

Hitos importantes del recorrido conventual, vinculados a la vida de nuestro autor, a sus vivencias en la ciudad imperial, a su espíritu de toledano de adopción o, mejor, de devoción, porque eso es lo que demuestra Galdós cuando vive y recrea Toledo, su devoción y su pasión por la ciudad. Las innumerables referencias a ella dispersas por todas sus obras son testimonio de ese amor y reflejo de sus caminatas y de su detenerse en la contemplación del detalle, en la curiosidad de un rincón, en la fascinación de una leyenda o en la cotidianidad de sus habitantes, a la sombra de la catedral y bajo el amparo de tantos siglos de antigüedad, de tantos esplendores perdidos y conservados. La ciudad muerta revive, paradójicamente, en la vida y en la obra de Galdós para ofrecernos su estampa decimonónica, su cara de ruina ilustre y su vida provinciana. Para Galdós, Toledo no es solo un paisaje, es, además, una forma de vida, un destino espiritual, un compendio de la historia de Castilla y de España, un lugar entre real e imaginado que nos permite viajar al pasado y recrearnos a cada paso con el encuentro con este, desde una postura a veces hiperestésica, como la miraron los simbolistas y todos los viajeros, artistas y escritores que se acercaron a ella en los años finales del XIX y los primeros del XX. Pero también es una ciudad para vivirla y para disfrutarla: pequeña, abarcable, atractiva y deleitosa. Galdós construye una imagen literaria de Toledo en sus novelas y nos devuelve la ciudad intacta, tal y como era, y, a la vez, goza desde fuera de la literatura con el ambiente ya comentado de los cafés, los restaurantes, los hoteles, las calles, los conventos... Una ciudad para vivirla, dormida tal vez en sus glorias de antaño, pero acogedora y

entrañable para el gran viajero y el gran contemplador de la belleza que fue Benito Pérez Galdós; una ciudad convertida en un paisaje vital, en el escenario de la vida sosegada y feliz de aquellos tiempos en los que todo parece transcurrir sin prisas, con la lentitud de lo inefable.

Más allá de los conventos, nuestro autor se sintió atraído siempre por los misterios ocultos (y los no tan ocultos) de Toledo. Ya el ambiente conventual se encuentra lleno de enigmas, de secretos que se ocultan tras sus muros y que encienden la imaginación y avivan el deseo de penetrar en ellos. Algo de eso acabamos de ver y comentar, pero más allá de lo dicho, los recorridos que podríamos hacer de la mano de Galdós nos mostrarían otro tipo de enigmas, como los de la ciudad llena de sorpresas y, lo más interesante desde nuestra perspectiva de ciudadanos del siglo XXI, la resurrección, a través de sus paseos y de lo que refleja en sus novelas, de un Toledo ya inexistente, representado por edificios desaparecidos o por lugares que se han transformado con el paso de los años. Ese Toledo que ya no es no se limita a la desaparición de los restaurantes o las tiendas de mazapán, sino que nos pone ante espacios urbanos desconocidos para los toledanos de hoy y para los visitantes que pueblan cada día sus calles. Recorrer Toledo con Galdós es revivir la ciudad de finales del XIX, a la que solo tenemos acceso ahora en las fotografías antiguas, resucitar viejas construcciones y reconstruir trazados urbanos. Quiero traer aquí, para terminar, dos de esas ausencias. La primera es la de una calle por la que el novelista transitó en sus largas caminatas de exploración, seguramente más de una vez, y cuya imagen nos ofrece intacta en *Ángel Guerra*, con don Pito de protagonista, perdido en la negritud de la noche y en los entresijos del laberinto, y el propio Guerra como testigo. La calle se llamaba entonces de la Portería de la Trinidad; hoy, de Santa Úrsula. Veamos la descripción que de ella hace Galdós:

Retirábase por Santo Tomás y el Salvador, cuando al atravesar la cuesta de la Portería oyó una voz que clamaba como quien pide socorro. El sitio era solitario, fosco, siniestro, apropiado a los tapadijos galantes y a los acechos de la traición; la calleja se replegaba en la más intensa obscuridad, y solo al medio de ella, tras pasado el segundo recodo, distinguíase a lo lejos la lucecilla de un farol colgado como a cinco varas del suelo delante de un Cristo que llaman de la Buena Muerte, con melena y enagüillas, en mohoso nicho cubierto de alambra. Avanzó en seguimiento de la triste voz, hasta llegar a un espacio irregular formado por las tapias de Santa Úrsula y los paredones de la casa de los Toledos, plazoleta que merece el nombre de ratonera, porque la salida de ella es difícil para quien no sepa encontrar los pasadizos o callejones, que más bien son grietas, por los cuales tiene que escurrirse el transeúnte. (Pérez Galdós: 1986, 287).

Ese callejón que más bien parece una grieta solo existe hoy en parte, al inicio de la calle desde esa plazoleta que él llama «espacio irregular» y «ratonera»; después, la vía se ensancha y, a la derecha, más o menos donde se situaría el Cristo de la Buena Muerte al que alude, se

abre una amplia plaza, tras el muro del archivo municipal y las parecidas recias de la vieja iglesia de la Trinidad, convertida hoy en un espacio cultural. Dejando a la derecha esta plaza, el caminante desemboca ahora en una pequeña encrucijada que lo sitúa junto a la iglesia del Salvador y a pocos metros de la de Santo Tomás, donde se expone el *Entierro del conde de Orgaz* del Greco. Cuando don Pito y Ángel Guerra (y de añadidura el propio Galdós) transitaban estos espacios, no había una plaza amplia, sino la alta pared que cerraba un convento, y la calle terminaba, a través de su estrecha embocadura de «grieta» abierta en el espacio urbano, en la misma encrucijada que acabamos de citar, pero con una perspectiva muy diferente. Explorar estos lugares en los recorridos galdosianos permite al ciudadano y al visitante conocer esa ciudad que ya no existe pero que se reconstruye perfectamente en las páginas de las novelas de Galdós.

La segunda ausencia es la del convento de San Juan de la Penitencia, un enorme edificio destruido, como ya dijimos, en un incendio durante la guerra civil, y que fue uno de los lugares preferidos de don Benito. Fue fundado por el cardenal Cisneros en el año 1514 y en su traza se fundían los estilos gótico, plateresco y mudéjar, con una portada ojival coronada por el escudo de su fundador, abierta a la plazuela de la calle a la que da nombre, y, por lo que cuenta el propio Galdós y quienes tuvieron ocasión de verlo, con un interior muy interesante, en el que destacaba la capilla del obispo de Ávila, Francisco Ruiz. Con estas palabras incita el autor a su ninfa compañera de sus Memorias a que visite el convento: «quedarás pasmada cuando eleves tus ojos a la tracería del artesonado, obra tan estupenda que puedes calificarla como finísimo encaje de madera». Y añade luego: «Con un vistazo al sepulcro del Obispo de Ávila, amigo del fundador de este convento, cardenal Cisneros, terminarás tu visita» (Pérez Galdós: 1975, 237). Los horrores de la guerra dieron al traste con toda esta belleza y convirtieron el convento en una ruina, y así se mantuvo hasta los años setenta del siglo pasado, cuando se restauró y se habilitó para acoger dependencias de la Universidad de Castilla-La Mancha, del Conservatorio provincial y de la Fundación Ortega y Gasset. Hoy, nuestro Galdós se asombraría (y sin duda se sentiría muy triste) al ver en qué ha quedado su convento favorito.

Y así podríamos ir trazando más y más recorridos, resucitando más y más edificios y espacios, reconstruyendo una ciudad que, aunque se mantiene intacta en muchos aspectos, también se ha transformado bastante desde aquellos años finales del siglo XIX en los que el escritor se perdía en sus callejas y se adentraba en sus secretos. Los espacios galdosianos de Toledo nos permiten, por un lado, lo más evidente, traer al presente esa ciudad del pasado, y por otro mostrar la cara del autor, sus sentimientos y sus vivencias en un espacio que le

fascinó y que lo llevó a acordarse una y otra vez de ese lugar instalado a mitad de camino entre la dura realidad ruinoso de su tiempo y la luminosidad de los siglos pasados en los que brilló como una de las urbes más importantes de Europa. Invitamos a todos a conocer el Toledo de Galdós, a perderse por las calles de la ciudad actual y reaparecer, tal vez, en otro tiempo, más de cien años atrás.

BIBLIOGRAFÍA

- ARENCEBIA, Y., *Galdós. una biografía*, Barcelona, Tusquets editores, 2020.
- CALVO, M., *Rutas literarias de Toledo*, Toledo, Editorial Cuarto Centenario, 2012.
- CÁNOVAS SÁNCHEZ, F., *Benito Pérez Galdós. Vida, obra y compromiso*, Madrid, Alianza Editorial, 2019.
- CASALDUERO, J., *Vida y obra de Galdós (1843-1920)*, Madrid, Gredos, 1970.
- EZPELETA AGUILAR, F., “Las huellas del pintor Arredondo (Cella, 1850-Toledo, 1911) en *Ángel Guerra de Galdós*”, en *Xiloca*, 22, Noviembre 1998, pp. 89-111.
- GÓMEZ-SANTOS, M., *Marañón y Toledo*, Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha-Universidad de Castilla-La Mancha, 1997.
- GULLÓN, R., *Galdós, novelista moderno*, Madrid, Gredos, 1966.
- MARAÑÓN, G., *Elogio y nostalgia de Toledo*, prólogo de Gregorio Marañón Moya, Madrid, Espasa-Calpe, 1983.
- ORTIZ ARMENGOL, P., “Toledo, Galdós, Marañón”, en José Botella Llusia y Antonio Fernández de Molina (coords.), *Marañón en Toledo (Sobre ‘Elogio y nostalgia de Toledo’)*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1999, pp. 95-106.
- *Vida de Galdós*, Barcelona, Editorial Crítica, 2000.
- PANTOJA RIVERO, J.C., *Galdós y Toledo. Vida y literatura*, Toledo, Ediciones Covarrubias, 2020.
- PÉREZ GALDÓS, B., *Ángel Guerra*, Madrid, Alianza Editorial, 1986.
- “Balart y su libro *Dolores*. Perfil biográfico”, en el diario *La Prensa*, Buenos Aires, 23 de abril de 1894.
- *Lo prohibido*, edición de José Fernández Montesinos, Madrid, Castalia, 1971.
- *Recuerdos y Memorias*, introducción de Federico Carlos Sáinz de Robles, Madrid, Tebas, 1975.
- *Toledo, su historia y su leyenda. Las generaciones artísticas en la ciudad de Toledo*, prólogo de Luis Alfredo Béjar, Toledo, Antonio Pareja editor, 2000.
- SÁNCHEZ LUBIÁN, E., “La Alberquilla de Toledo, una finca ilustrada”, en *ABC* (21-1-2015) [<https://www.abc.es/toledo/ciudad/20150121/abci-alberquilla-toledo-finca-ilustrada-201501212046.html>].
- “*Memorias de un desmemoriado*, último guiño literario de Galdós a Toledo”, en *ABC* (16-2-2016) [https://www.abc.es/espana/castilla-la-mancha/toledo/centenario-quiote/abci-memorias-desmemoriado-ultimo-guino-literario-galdos-toledo-201602162005_noticia.html].